

LAS FUENTES ORALES Y LA HISTORIOGRAFIA DEL FASCISMO ESPAÑOL

POR

SHEELAGH ELLWOOD

Centro de Estudios Contemporáneos Españoles
Universidad de Londres

En el otoño de 1975, poco antes de la muerte del entonces jefe del Estado, general Franco, me instalé en Madrid para iniciar las investigaciones que habrían de conducir a mi tesis doctoral. El objeto de mi interés era el partido fascista español, *Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista*, FE de las JONS; partido que, durante treinta y ocho años, había suministrado las estructuras formales y gran parte de la ideología del sistema de partido único que constituía la única forma legal de vida política organizada en España después de la destrucción de los cauces democráticos en una sangrienta guerra civil.

Debo aclarar en seguida que FE de las JONS no era, por sí sola, aquel partido único. En realidad, el llamado "partido único" de Franco era una amalgama de cuatro partidos distintos, de los que la Falange era el *primus inter pares*. "Era una organización heterogénea", me dijo su primer Secretario General, Raimundo Fernández Cuesta, "pero la Falange era la fuerza dominante". Volveremos sobre la creación del "partido único" más adelante.

En gran medida, el enfoque y el *modus operandi* de mi investigación fueron determinados por dos factores. En primer lugar, mis tanteos iniciales dejaron claro que iba a ser muy difícil consultar algunas fuentes documentales, tales como archivos militares, ministeriales o del propio partido. Incluso tras la muerte del general Franco, en noviembre de 1975, todavía durante mucho tiempo predominó la acti-

tud restrictiva e incluso, a veces, represiva, de su régimen hacia el acceso a datos de interés histórico. En segundo lugar, a diferencia de sus homólogos contemporáneos, el partido nacional socialista alemán o el fascista italiano, la Falange había sobrevivido a la derrota del fascismo europeo de 1945 y aún existía en 1975. Ciertamente, había cambiado desde su creación en 1933, ya que el contexto, tanto nacional como internacional, de su nacimiento se había modificado dramáticamente desde entonces. No obstante, en 1975 aún vivían muchas de las personas que habían militado en las filas falangistas antes de la guerra civil e incluso algunas de ellas todavía estaban políticamente activas.

Por estos motivos, decidí incluir entre mis fuentes primarias el testimonio directo de militantes de Falange, como complemento a información documental escasa o insuficiente y —sobre todo— como oportunidad única para entrar en el terreno poco conocido de las opiniones y experiencia personales de quienes habían estado en el bando vencedor de la guerra civil¹.

Dicho en pocas palabras, pretendía abordar una cuestión que, a mi modo de ver, resimía en una todas las muchas preguntas que se podían hacer acerca del régimen establecido en y por aquella guerra: ¿cómo Franco había logrado la —para España inusitada— hazaña de mantenerse en el poder durante casi cuatro décadas? Con respecto a la Falange, quería analizar su relación particular con aquel régimen, a fin de averiguar, en tanto en cuanto formaba parte de la coalición de fuerzas políticas derechistas que componían el régimen franquista, qué aportación había hecho a la longevidad de éste; y cómo la evolución del régimen, a su vez, había influido en la de la Falange.

Antes de embarcarme en una discusión de las respuestas encontradas en las fuentes orales consultadas, tal vez fuera útil hacer algunas observaciones preliminares acerca de la naturaleza de esas fuentes. El hecho de que me interesaban los aspectos políticos de la historia contemporánea española, más que los sociales o culturales, lógicamente me influía a la hora de decidir a quién entrevistar. En un principio, me concentré en aquellos militantes mayores que hubiesen tenido un papel activo en la Falange antes y después de la guerra y, a ser posible, que hubiesen desempeñado algún puesto de responsabilidad dentro del partido. Por decisión deliberada, no entrevisté a militantes que no hubieran pasado del nivel de base, ya que se había puesto de manifiesto en conversaciones informales con tales militantes que la estructura rígidamente jerárquica de la Falange les había impedido tener un conocimiento muy limitado del funcionamiento

1 A pesar de haber tenido la posibilidad de hacerlo durante casi cuarenta años, sólo fue después de la muerte de Franco, en 1975, que los vencedores empezaron a difundir públicamente algo de su propia historia en memorias, artículos periodísticos, películas, debates de radio y televisión y entrevistas escritas o emitidas en directo.

interno, tanto del partido como del régimen². De un total de 30 entrevistas, 20 fueron con hombres que habían sido miembros “fundadores” del partido en los años 30, y 12 de ellos habían ocupado puestos de responsabilidad local o central antes de 1936³.

Salvo dos excepciones, todos estos 20 “camisas viejas” habían ocupado, al menos un cargo oficial durante el régimen encabezado por el general Franco. Dos habían sido ministros y dos habían ostentado el cargo de subsecretario. Los 16 restantes habían tenido cargos en entidades de la administración local o central, la organización sindical, la Prensa estatal, o servicios como el de “Investigación e Información” (es decir, de carácter para-policia).

Los diez entrevistados restantes tenían entre 19 y 50 años en 1975 y no habían participado en la guerra civil. Todos habían sido activos en la Falange en algún momento de su vida, aunque no todos seguían siendo militantes falangistas en el momento de ser entrevistados. El mayor de este grupo, nacido en 1925, se había afiliado al movimiento juvenil falangista (el Frente de Juventudes) en 1939 y, posteriormente, había ocupado puestos en esa misma organización, en la red estatal de medios de comunicación social y en la organización sindical oficial. El más joven era estudiante y jefe de un grupo de oposición falangista (es decir, oposición a Franco) en Madrid.

A excepción de Raimundo Fernández Cuesta, todos los entrevistados eran de origen social de clase media baja u obrera (en cuanto a los entrevistados mismos, se podría decir que todos eran de clase media media). Entre los militantes de más edad, predominaban los médicos y abogados, como correspondía a las clases medias españolas de la primera mitad del siglo XX, mientras que se encontraba una gama más amplia de ocupaciones entre los representantes de las generaciones de posguerra⁴.

Cuando la Falange se creó en el otoño de 1933, sus fundadores afirmaban con claridad y vehemencia su rechazo al liberalismo y a la democracia parlamentaria como las causas de la “ruina moral” que consideraban afligía entonces a España y al mundo. En lugar de aquel doble anatema, Falange sería “un movimiento, casi podríamos decir un antipartido”, que no sería “de derechas ni de izquierdas”⁵, y cuyo objetivo explícito sería “la conquista del Estado” a fin de abolir los males del liberalismo, el capitalismo, el parlamentarismo y la lucha de

2 No se me escapaba el valor de este hecho como indicador de cómo ambos habían ejercido su control sobre sus partidarios. Vistas las cosas desde el presente, pienso que hubiera sido útil incluir algunas entrevistas formales con militantes de base; pero en 1975, me interesaban primordialmente las esferas del régimen en las que se tomaban las decisiones.

3 Para este estudio, sólo entrevisté a hombres, debido a que entonces pensaba hacer un estudio aparte de la Sección Femenina.

4 De las generaciones de posguerra, los entrevistados eran dos periodistas, dos estudiantes, tres administrativos de empresas privadas, dos funcionarios del Estado y un economista.

5 Del discurso pronunciado por José Antonio Primo de Rivera, el 29 de octubre de 1933, día de la fundación de Falange Española; en Primo de Rivera, J. A. *Obras Completas*, Madrid, 1945, pp. 17-25.

clases. “Queríamos armonizar el trabajo y el capital en un sistema de justicia social”, dijo Fernández Cuesta, a modo de resumen de los principios ideológicos del partido⁶.

En el ambiente altamente politizado de la Segunda República (1931-1936), con izquierda y derecha convirtiéndose rápidamente en dos campos mutuamente antagónicos, la Falange compartía con los partidos de la derecha tradicional el rechazo visceral del marxismo y un miedo profundo a la amenaza que creían suponía para los intereses de las clases conservadoras la politización y organización de los sectores militantes de las clases obreras. El discurso falangista se diferenciaba, empero, en tanto en cuanto también rechazaba la idea de un simple retorno al pasado pre-republicano y en cuanto deseaba canalizar, no destruir sin más, la fuerza organizada de las masas trabajadoras. Incluso personas que no llegaron a afiliarse a la Falange reconocían su atractivo para aquellos que no querían simplemente dar marcha atrás al reloj de la historia pero que, al mismo tiempo, repudiaban a los partidos de la izquierda. El monárquico Eduardo de Rojas, por ejemplo, recordaba en una conversación mantenida en Madrid en 1983, que él y sus contemporáneos veían a la Falange como “algo realmente nuevo, algo distinto a los viejos partidos”.

Los que sí se afiliaron sentían que, con ello, hacían un gesto revolucionario. “Yo me afilié a Falange Española muy jovencito, muy entusiasta”, me contó el falangista fundador Roberto Reyes, por “el sentimiento profundamente revolucionario nacional, no-marxista, que tenía en toda su postulación”. La idea de Falange como alternativa a la izquierda para revolucionarios no-marxistas fue expresada también por el falangista gallego, Diego Salas Pombo, que falsificó su edad para poder entrar en el partido en 1933:

En la España de aquel entonces, para muchos jóvenes revolucionarios estuvo de moda tener un coqueteo con el comunismo, por un sentido recio de reivindicación social. Pero el sentido nacional predominó en ellos y se insertaron en un movimiento que tenía un avanzado sentido social, un gran radicalismo social, como era el de las JONS y la Falange.

El intelectual fascista, Ernesto Giménez Caballero, incluso pensaba que el Jefe ideal para la Falange hubiera sido el socialista Indalecio Prieto, “porque era un hombre del pueblo”.

A pesar de estas supuestas tendencias socialistas, cuando las elecciones generales de febrero de 1936 dieron la victoria a la izquierda y empezó a tramarse una sublevación militar contra el gobierno republicano, era aspiración de los Falangistas participar en el complot, aunque su jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera, tuviera sus reservas al respecto. A lo largo de la primavera de 1936, escribió varias

⁶ Curiosamente, otro entrevistado, Manuel Ignacio Hedilla, opinaba exactamente lo contrario. “La gran frustración de la Falange”, dijo “es que se ha intentado armonizar lo que nunca se podía armonizar, como son el capital y el trabajo”.

cartas circulares a los jefes territoriales y provinciales del partido en las que les prevenía, so pena de expulsión del partido, frente a su posible inclinación a concertar "pactos locales con elementos militares o civiles", pues tal paso, de darse, se reservaba a la jefatura nacional. Efectivamente, en la última de dichas cartas, fechada en 29 de junio de 1936, la jefatura nacional de la Falange comunicó a sus seguidores "las condiciones en que podrán concertar pactos para un posible alzamiento inmediato contra el Gobierno actual"⁷. Y cuando la sublevación se puso en marcha, unas semanas más tarde, los falangistas se ofrecieron en masa como voluntarios en las filas de las tropas rebeldes⁸. Cuarenta años después, un joven ex-falangista, Eduardo Zaldívar, justificó esta opción en términos que revelan el carácter reaccionario que subyacía a la retórica socialista de la Falange:

La Falange se apuntó al 18 de julio porque lo que tenía enfrente era el internacionalismo; era el elemento que se manifestaba como anti-nacional y que no tenía ninguna concreción de viabilidad respecto a la continuidad de los elementos espirituales o humanistas que podían ser respetados en aquel momento.

Otro ex-falangista, Demetrio Castro Alfin, opinaba que fue

por algo mucho más elemental: por la supervivencia física, no de los individuos, sino de la organización. El 16 de febrero, el Frente Popular gana las elecciones; el 14 de marzo, la Falange es una institución fuera de la ley, sus dirigentes están en la cárcel y muchos de ellos condenados a muerte o en vías de estarlo rápidamente.

Es posible, ciertamente, que fuese una torpeza política la decisión del gobierno de clausurar los centros y la prensa falangista en la primavera de 1936, pues con ello no hacía sino darle a la Falange argumentos con los que justificar su beligerancia hacia la República. Sin embargo, también hay que decir que, desde el momento de su creación, la Falange había aprobado, incluso pedido, la intervención armada en el destino político de la República; que Primo de Rivera había sido detenido en marzo bajo acusaciones posteriormente probadas de tenencia ilícita de armas; y que fue *después* de la sublevación militar cuando algunos de los jefes falangistas encarcelados fueron ejecutados.

Con todo, hay algo de verdad en la afirmación hecha por Castro Alfin y que es importante porque en ello radica el meollo de la aparente contradicción entre la teoría revolucionaria de la Falange y su práctica contrarrevolucionaria. Era, sin duda, cuestión de "la supervivencia física... de la organización", pero no por causa de la persecución policial.

⁷ Primo de Rivera, op. cit. p. 973.

⁸ Sobre la participación de la Falange en la sublevación y la guerra, véanse Ellwood, S. *Prietas las filas*, Barcelona 1983 y "Falange Española, 1933-39: from fascism to Francoism" en Blinkhorn, R. M (Ed.), *Spain in Conflict*, London, 1986.

En el período entre su creación en octubre de 1933 y la elecciones de febrero de 1936, la Falange no había podido reclutar una masa sólida de seguidores. A principios de 1936, no tenía más de 5.000 militantes y ningún representante en las Cortes. Las clases medias conservadoras que podrían haberse sentido atraídas por sus posturas anti-marxistas y nacionalistas recelaban de su revolucionarismo con respecto a la propiedad privada y de su falta de apoyo explícito hacia la Iglesia católica⁹. Por su parte, las clases trabajadoras veían un parecido demasiado fuerte entre el falangismo y los movimientos fascistas contemporáneos europeos como para renunciar a sus lealtades izquierdistas. En el polarizado escenario político de la España republicana, no cabían las ambigüedades de Falange Española de las JONS¹⁰.

Con respecto a un extremo concreto, empero, la Falange no era nada ambigua: la legitimidad del uso de la violencia como medio para lograr fines políticos. Tras las elecciones de febrero de 1936, la Falange no perdió ocasión para afirmar que los resultados habían “demostrado” la ineficacia del sistema democrático para hacer frente a la “invasión de los bárbaros”¹¹. El número de afiliados aumentó vertiginosamente en la primavera de 1936, con la búsqueda por parte de los votantes de la derecha “moderada” —y derrotada— de soluciones más “eficaces” a lo que veían como el problema de un gobierno de izquierda. Desde el punto de vista de estos sectores, la intervención armada era el único paso posible, pues, como opinaba el falangista de primera hora, Narciso Perales, “si no se hubiera producido el alzamiento, el marxismo se hubiera adueñado de España”.

Para la Falange, no apoyar a los rebeldes militares hubiera supuesto una pérdida total de credibilidad como movimiento vanguardista de la revolución anti-marxista y una contradicción impensable de las creencias del partido. Jesús Suevos Fernández, antaño jefe territorial de Falange en Galicia, expresó así la postura del partido:

Pensábamos en España por encima de todo... y la Falange era un instrumento para servir a España, porque si no, venía el comunismo. Ante eso, nosotros no teníamos duda alguna: teníamos que estar con el movimiento nacional.

Apoyar a la sublevación dio a la Falange una nueva razón de ser y ofrecía la posibilidad de conseguir por la fuerza de las armas el poder que no había podido alcanzar por la de sus argumentos ideológicos.

La provisión de apoyo para-militar masivo al alzamiento fue el primero de muchos intercambios entre Falange y las Fuerzas

9 Esto no quiere decir que la Falange fuera anti-católica, sino que su afirmación que la Iglesia y el Estado debían estar separados disgustaba a la jerarquía católica.

10 Como es sabido, en febrero de 1934, Falange Española se había unido a otro grupo similar, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, JONS.

11 “La invasión de los bárbaros” era el subtítulo de una “Carta a los militares de España” escrita por Primo de Rivera desde la cárcel y publicada el 4 de mayo de 1936.

Armadas; intercambios *mutuamente beneficiosos* que están en la raíz de la naturaleza de la relación entre Falange y franquismo. La dinámica interna de esa relación la daba la contradicción entre el deseo falangista de mantener la identidad ideológica y física del partido, y la realidad de su dependencia de un poder superior que exigía su integración en un sistema híbrido. A la hora de tener que elegir entre la fidelidad a las teorías revolucionarias de las que venía la identidad de la Falange, pero atraían a una minoría muy reducida de españoles, y las prácticas reaccionarias que asegurarían la colocación del partido entre los beneficiarios del franquismo, la mayoría de los falangistas optaron por lo segundo. Al hacerlo, ayudaron a mantener la estabilidad interna y externa que aseguraba la supervivencia, tanto de la Falange como del régimen franquista durante casi cuatro décadas.

Ciertamente, los falangistas no pudieron prever la existencia del que régimen franquista en julio de 1936 y puede ser que actuaran, se iba como dijo Demetrio Castro; “pensando que el alzamiento... iba a transformar a ser un golpe militar de matiz decimonónico, un gobierno de concentración, pero nunca en lo que fue: la guerra civil”. Sin embargo, no deja de ser igualmente cierto que cuando el alzamiento fracasó como golpe militar y se convirtió en guerra civil, la Falange no retiró su apoyo. Al contrario, su papel inicial para-militar se extendió a tareas policiales, represivas y propagandísticas en lo que, ya en el otoño de 1936, se conocía como la retaguardia *nacional*.

En la zona dominada por los sublevados el dilema de qué había de hacerse primero, una guerra o una revolución, no jugó el papel crucial y desastrosamente divisivo que tuvo en la zona republicana. No obstante, la cuestión subyacente a aquel dilema sí existía también en la retaguardia rebelde. Al igual que para las distintas corrientes políticas que defendían la República, para las que apoyaban la sublevación no era simplemente cuestión de quién ganaba la guerra, sino de qué forma tendría el Estado de pos-guerra y qué fuerzas tendrían la hegemonía en él¹². Aunque existiese un consenso general acerca de la “necesidad” de vencer a la República democrática y liberal, los falangistas, los monárquicos de *Renovación Española*, los carlistas de la *Comunión Tradicionalista*, y los conservadores autoritarios de la CEDA, tenían criterios diferentes con respecto a qué tipo de régimen debería reemplazar a la República. Curiosamente, el conflicto latente entre —e incluso dentro de— los grupos monárquicos y falangista por causa de cuestiones de liderazgo y poder llegaron a su punto culminante casi en el mismo momento en que estalló una crisis interna similar entre las fuerzas republicanas, en la primavera de 1937.

Aunque no hubiese sido anunciado de forma oficial en la zona nacional, se sabía que el fundador de la Falange, José Antonio Primo

¹² Cf. Fraser, R.: “La guerra civil española y la historia oral” en *La II República, una esperanza frustrada (Actas del Congreso Valencia Capital de la República, abril 1986)*, Valencia, 1987. Fraser examina esta misma cuestión con respecto a la izquierda española durante la guerra civil.

de Rivera, había sido ejecutado en una cárcel republicana en noviembre de 1936. En el mes de septiembre de aquel año, y para cubrir lo que se suponía entonces sería una laguna eventual en la cadena de mando, los jefes provinciales falangistas que se encontraban en territorio nacional habían constituido una junta de mando provisional, encabezada por el jefe provincial de Burgos-Salamanca, Manuel Hedilla Larrey. A pesar del carácter aparentemente temporal de este organismo, Hedilla tomó muy en serio su papel de jefe de la Falange. Sobre todo a partir de la muerte de Primo de Rivera, trabajó a fondo en reestablecer las estructuras del partido en la creciente retaguardia nacional y en asentar la imagen de la Falange como el partido que redimiría del marxismo a las masas populares en el "Nuevo Estado" que se implantaría al término de la guerra.

Los esfuerzos de Hedilla por promocionarse a sí mismo y a su partido provocaron cierto descontento entre los partidarios de las otras fuerzas políticas presentes en el campo nacional, y suscitaron las sospechas del general Franco y sus colaboradores militares. Franco había sido designado jefe del Estado el 1 de octubre de 1936 y pronto empezó a contemplar la idea de consolidar su poder político mediante la fusión de todos los partidos existentes en uno sólo, del que él mismo sería el jefe. En la primavera de 1937, parecía que Hedilla, con su ansiedad por conservar y afirmar la identidad específica de FE de las JONS, podría convertirse en obstáculo para la realización de semejante proyecto.

Manuel Hedilla era de extracción social obrera y, por lo tanto, debería haber sido el líder idóneo, de acuerdo con el autoproclamado populismo de la Falange. En realidad, lejos de ganarle el apoyo unánime de sus camaradas, los orígenes humildes de Hedilla fueron su mayor desventaja. Roberto Reyes admitió que la de Hedilla era una figura "con más garra, más atractivo para una masa proletario", pero, añadió, "Hedilla era un trabajador... y para navegar a altura intelectual, con problemas de tipo doctrinal, era un poco difícil". También para David Jato el origen obrero de Hedilla le descalificaba como líder político: "era un hombre cuya capacidad intelectual y política era muy limitada... Procedía del mundo del trabajo, era un hombre que tenía una educación muy rudimentaria, muy elemental". Incluso uno de los partidarios de Hedilla, el jefe de prensa falangista Vicente Cadenas, creía que "Hedilla no se encontraba en condiciones de llevar el mando de la Falange". En vista de estas opiniones, no nos puede sorprender que Hedilla encontrase poco apoyo entre sus camaradas cuando se opuso a la creación del "partido único" de Franco, *Falange Española Tradicionalista y de las JONS*, anunciada el 18 de abril de 1937¹³.

13 La historia de la unificación es larga y compleja. Los detalles de la faceta carlista del proceso se encuentran, por ejemplo, en Blinkhorn, R. M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, 1979. Para la faceta falangista, véase Ellwood, S., *op. cit.* y las referencias allí citadas.

Los falangistas que permitieron sin protesta la posterior detención, juicio y condena de Hedilla no fueron motivados tan sólo por desprecio hacia el antaño líder falangista. Sabían que su propio destino, tanto político como personal, dependía del resultado de la guerra civil y que la posibilidad de la victoria nacional podría verse perjudicada por disputas internas. “La unificación no nos gustó ni a los falangistas ni a los Requetés”, me dijo el biógrafo de José Antonio Primo de Rivera, Felipe Ximénez de Sandoval, “pero era perder o no perder la guerra. No había más remedio que acatarlo”. Para el jefe provincial de la Falange en Zamora, Ricardo Nieto Serrano, “pensando en el interés de España... no era de ninguna manera sensato oponerse a la decisión de la unificación”, y el periodista JONSista, Juan Aparicio López, opinaba que “fue una cosa elemental de estrategia militar, para ganar la guerra”.

La falta de respaldo al intento de Hedilla de izar la bandera de la autonomía falangista fue la primera de varias ocasiones en las que la mayoría de los militantes optaron por la seguridad de la protección de Franco antes que arriesgar las gélidas consecuencias del desafío. Hasta el verano de 1942, la Falange conoció un grado considerable de protagonismo en el Estado del “partido único”, dentro de un contexto internacional de guerra europea en el que aún no había empezado el declive de las potencias fascistas, y patrocinada por Ramón Serrano Suñer, entonces Ministro del Interior, Ministro de Asuntos Exteriores, presidente de la Junta Política de FET y de las JONS y, por si fuera poco, cuñado de Franco. Como ya había ocurrido durante la guerra civil, la preeminencia de la Falange provocó la enemistad de las otras “familias” políticas presentes en el régimen franquista y las sospechas del propio Caudillo en cuanto a los motivos de Serrano.

Una operación para dismantelar el sin duda considerable poder de Serrano Suñer empezó en mayo de 1941, cuando fue sustituido como Ministro del Interior por el general Valentín Galarza, cuya animosidad hacia la Falange no se le ocultaba a nadie. La operación contra Serrano culminó en el verano de 1942, como resultado de una crisis gubernamental motivada por la actuación de un grupo de falangistas.

El 16 de agosto de 1942, ocurrió cerca de Bilbao un enfrentamiento violento entre falangistas y carlistas, tras una misa en la basílica de Nuestra Señora de Begoña, a la que asistía el Ministro del Ejército, general Varela. Este protestó ante Franco, diciendo que la Falange había lanzado un ataque contra las Fuerzas Armadas como institución. Los seis falangistas involucrados fueron procesados en Consejo de Guerra. Uno de ellos, Juan Domínguez Muñoz, fue condenado a muerte¹⁴. Narciso Perales, camarada falangista de Domínguez, intentó buscar apoyo para éste en el partido, pues se dio cuenta de que, dada

¹⁴ En realidad, fueron dos los falangistas condenados a muerte. Uno de ellos tuvo conmutada la pena capital ya que era mutilado de guerra.

la lucha constante entre los componentes del régimen franquista ansiosos de mandar, Domínguez se había convertido en el símbolo de la posición privilegiada disfrutada hasta entonces por la Falange bajo la tutela de Serrano. “Sabía”, me contó el doctor Perales, “que no era únicamente una cuestión humanitaria, de salvar una vida. Sabía que en ello iba la supervivencia o no de la Falange”. Perales habló con Serrano Suñer, quien intentó intervenir ante Franco a favor de Domínguez. La mayoría de los camaradas, en cambio, no quisieron secundarle a Perales, anteponiendo su deseo de mantener buenas relaciones con el régimen a cualquier solidaridad personal o ideológica.

La reacción de Franco a esta crisis dejó bien claro que no estaba dispuesto a tolerar que nadie cuestionara su voluntad ni amenazar su hegemonía. Domínguez fue fusilado el 2 de septiembre de 1942. Dos días más tarde, se anunció una remodelación del Gabinete, por la que Serrano Suñer dejaba de ser Ministro de Asuntos Exteriores y presidente de la Junta Política de FET y de las JONS. Varios de los falangistas que no habían querido ayudar a Domínguez, pasaron a ocupar cargos oficiales. La opinión de uno de los falangistas que vivieron de cerca estos acontecimientos, Manuel Valdés Larrañaga, no deja de ser reveladora. Hablando del suceso de Begoña —y recuérdese que había causado heridos graves en el momento; había provocado una crisis gubernamental de grandes proporciones; y había enviado un falangista al pelotón— Valdés me comentó lacónicamente que era un asunto “sin ninguna importancia”¹⁵.

El *affaire* Domínguez fue, sin duda, el ejemplo más dramático de los diferentes grados de enfrentamiento que existían por debajo de la superficie aparentemente tranquila del régimen franquista. Incluso se podría decir que fue la última ocasión en la que una parte de la Falange se presentó como una amenaza para la estabilidad del régimen o para la hegemonía de Franco. “Cuando se marchó Serrano”, comentó Perales, “también se marcharon nuestras esperanzas de poder implantar nuestra línea nacional-sindicalista”. Seguía habiendo falangistas en los pasillos del poder, pero sabían y aceptaban que, como todas las demás fuerzas políticas allí presentes, quedarían en sus puestos sólo en tanto en cuanto fuesen útiles y obedientes al régimen.

La utilidad de los falangistas consistía mayormente en su capacidad para organizar y manejar la maquinaria del control social necesario para sostener el estado de dominación y desmovilización popular logrado, en un principio, por la guerra civil y la represión que la siguió. En los campos que le correspondieron en el reparto de responsabilidades hecho en el “Nuevo Estado”, los falangistas se hicieron cargo del “encuadramiento y disciplina” de la masa de la población. La educación fue asignada principalmente a la Iglesia y sus adláteres políticos

¹⁵ Se dijo que Valdés era autor de un informe del sindicato estudiantil oficial, SEU, en el que, entre otras cosas, Domínguez fue denunciado como espía al servicio de la Gran Bretaña.

del integrismo católico. La economía casi siempre fue adjudicada a monárquicos o a gente considerada como tecnócratas “apolíticos”. La defensa —tanto interna como externa— naturalmente estaba en manos militares. La Falange se ocupó de la vida cotidiana de sus compatriotas, y, sobre todo, de su vida laboral.

Las ramificaciones interminables de la Administración local y central, la Sección Femenina, el Frente de Juventudes, el tinglado oficial de la comunicación social y la Organización Sindical, componían entre sí un complejo y omnipresente sistema en el que la Falange actuaba como el agente del poder del Estado franquista. Es decir, que el partido había renunciado a sus ideas revolucionarias de los años 30 para convertirse en lacayo de un régimen autoritario y ultraconservador que, para mediados de los años 40, había iniciado el largo y lento camino hacia la devolución de la monarquía a España.

Como es lógico, los falangistas con los que hablé no admitieron explícitamente que hubiera alguna contradicción entre los postulados iniciales de su partido y su posterior carrera real. El análisis que hacían de la historia de la Falange en la era de Franco seguía dos tendencias, ambas piadosas para consigo mismos, pero igualmente contradictorias.

Por una parte, veían a la Falange como inspiradora de grandes avances sociales y políticos logrados por el régimen franquista. Por otra, opinaban que el régimen no había cumplido el programa falangista. “A partir del momento en que el alzamiento tuvo un contenido político inspirado en los 27 puntos de la Falange”, me dijo Roberto Reyes, “tuvo un contenido social, político y económico”. Sin embargo, el mismo Reyes también afirmó que “como no se cumplió el programa (falangista) surgió mucho descontento entre nosotros mismos”. El antiguo jefe de las milicias falangistas, Agustín Aznar Gerner, habló de cómo la Falange había logrado “avances sociales que ya hubieran querido los socialistas que se lograran en su día: seguro de enfermedad, mutualidades, universidades laborales, imposibilidad de despido libre”, pero se lamentaba de que había sido “imposible seguir las consignas de José Antonio y defender los puntos iniciales de la Falange”. Felipe Ximénez de Sandoval le atribuía a la Falange, en colaboración con el gobierno, nada menos que el haber “mantenido la paz” en España, a pesar de que, también según sus palabras, “la Falange terminó... al terminar la guerra”. Manuel Valdés, antiguo vicesecretario general de FET y de las JONS, consideraba que “Franco ha hecho lo que ha hecho, en gran parte recogiendo los principios falangistas. Ha industrializado España; ha transformado el campo; ha transformado la mentalidad de la juventud; ha transformado la Universidad...” Pero incluso él tuvo que confesar que “en España se ha hecho un súper-capitalismo y en vez de ese súper-capitalismo, se pudiera haber hecho un cooperativismo o una reforma de empresa de manera que el obrero intervenga más en las empresas”.

Si la utilidad de los falangistas radicaba sobre todo en su papel como guardián y administrador de “la paz de Franco” con respecto a la masa de la población, su obediencia ciega con respecto a las decisiones políticas del generalísimo también jugó un papel importante en el mantenimiento de la estabilidad interna. En muchas ocasiones, Franco adoptaba, y la mayoría de los falangistas apoyaba, opciones políticas que en teoría no concordaban con el credo falangista.

En 1953, por ejemplo, España firmó con los Estados Unidos los acuerdos sobre ayuda económica y militar titulados los “Pactos de Madrid”. Lejos de denunciar un tratado con el antaño enemigo de España y campeón del doble anatema falangista, el capitalismo y el liberalismo, los falangistas loaban el agudo sentido de la oportunidad política mostrado por Franco con la firma del acuerdo y se presentaron a sí mismos como situados en la vanguardia de la defensa de Occidente. Al final de la Segunda Guerra Mundial, comentó el antiguo Secretario General de FET, Raimundo Fernández Cuesta,

“Franco previó lo que iba a pasar —la lucha de los Estados Unidos con Rusia—. Eso fue su visión, de comprender que Rusia seguiría avanzando... Yo encuentro que eso fue el verdadero mérito de Franco, porque en contra de la opinión general... Franco mantuvo la situación y en vez de acobardarse y disolver aquello, resistió por su visión política de comprender que las cosas tenían que cambiar por la rivalidad de Rusia con los Estados Unidos.

No nos puede sorprender, entonces, que Fernández Cuesta añada que, mientras él era Secretario General del Movimiento, “toda (su) labor y (sus) proyectos... era tratar de armonizar la política que Franco llevaba”.

Igualmente, aunque el fundador de la Falange hubiese declarado que la monarquía en España estaba “gloriosamente fenecida”, la mayoría de los falangistas de pos-guerra prestaron un apoyo entusiasta a cada paso dado por Franco hacia la preparación de una restauración monárquica que le sucediera. La explicación dada por Fernández Cuesta resume la actitud falangista: “Aquellas masas falangistas primitivas... lo aceptaron porque todo el mundo aceptaba a Franco. Consideraban que había sido un hombre providencial, que había salvado la situación de España. Tenían fe en él”. Un falangista más moderno, que se auto-define como republicano, Antonio Castro Villacañas, me habló de su oposición a la idea de una monarquía pos-franquista: “La monarquía aparecía delante de nuestros ojos como un intento de desviar al régimen hacia un sector, hacia unas tendencias derechistas, ultraconservadoras y muy reaccionarias... Hicimos todo lo posible para que la monarquía no viniera”. No obstante, incluso él lo aceptó como un hecho consumado cuando, en 1969, el príncipe Juan Carlos de Borbón fue proclamado como el sucesor de Franco “a título de rey”:

Yo le dije a Juan Carlos, "Yo he hecho todo lo posible para que usted no venga a España a reinar, porque creía que ese era mi deber, ni obligación y que, en conciencia, es preferible para España otro tipo de régimen. Pero puesto que las cosas han ido de otra forma, y evidentemente hemos sido derrotados en ese sentido, con la misma sinceridad le diré que haré ahora todo lo posible para que usted se consolide, todo lo que esté en mi mano y pueda contribuir a que usted se consolide y llegue a reinar en España.

Al menos desde dentro del régimen, estaba asegurada la transición pacífica a la era posfranquista.

Hubo protestas de vez en cuando por parte de exaltados en el Frente de Juventudes. Asimismo, hacia finales de los años 60, se crearon numerosos grupúsculos que quisieron izar la bandera del purismo falangista en lo que se pensaba ya era el crepúsculo del régimen de Franco. Sus reuniones fueron a veces objeto de vigilancia policial y sus miembros fueron detenidos si la policía les encontraba haciendo pintadas anti-monárquicas. A veces hasta se les daba "una paliza por jugar a los rojillos", según me contó un antiguo falangista de la época. Normalmente, no obstante, las conexiones familiares u otras fueron suficientes para impedir que las consecuencias fueran mayores que una noche en los calabozos policiales y los Falangistas que gritaban, "Falange, sí! ¡Movimiento, no!", nunca fueron sometidos a la brutal represión sufrida por la oposición de izquierda. En todo caso, los jóvenes falangistas que pretendían "decir que no (eran) el Movimiento, que no (eran) franquistas, y que (recogían) directamente la herencia de José Antonio" no sobrepasaban, a principios de los años 70, los 2.000 militantes, lo que, según admite Eduardo Zaldívar, era "una cifra ridícula comparando con lo que (podía) ser un partido político" en la época pos-franquista. Lo cierto era que la mayoría de los falangistas decían "amén" a todo cuanto dispusiera Franco.

¿Cómo explicaban el apoyo que habían prestado a la evolución del régimen en una dirección manifiestamente perjudicial para su partido? Diciendo, simplemente, que la "verdadera" Falange había dejado de existir en abril de 1937, en el momento de su fusión con la Comunión Tradicionalista. "Con la unificación", manifestó Jesús Suevos, "la Falange perdió su pureza, su originalidad..., ya no fue la misma que era antes". Vicente Cadenas, por su parte, me aseguró que "la unificación fue un golpe mortal. La Falange terminó de existir ese día". Franco, dijeron, "usurpó" el nombre, los símbolos, las ideas y las estructuras de la "verdadera" Falange, en una operación unilateral de la que él fue el único beneficiario. Según esta versión, los militantes de Falange fueron los "víctimas" de aquella operación y, por tanto, no eran responsables de sus consecuencias. Tal era la opinión de David Jato:

Franco se aprovechó de (los) símbolos (de la Falange), de sus palabras, de su doctrina, pero para hacer una política que casi estaba en contraposición con esa propia doctrina... Pero ya era tarde para reaccionar. Se habían creado una serie de intereses económicos, políticos y sociales que hacían absolutamente imposible cualquier tipo de reacción.

Lo que Jato se cuida de omitir, claro, es que, desde el momento en que se alineó con los rebeldes en julio de 1936, la Falange era tan partícipe en aquellos “intereses” como cualquier otro de los componentes del régimen franquista. El hijo de Manuel Hedilla, Manuel Ignacio Hedilla Rojas, se hizo eco de la visión exculpatoria de Jato: “No creo que haya habido ningún partido político tan utilizado, tan zarandeado, con una vocación de perdedor tan grande, como Falange Española”.

Lo cierto es, sin embargo, que la Falange no sufrió ninguna “noche de cuchillos largos”, ni figurativa ni real, a manos de Franco. En primer lugar, como hemos visto, la creación de FET y de las JONS en 1937 levantó pocas protestas entre los falangistas, la mayoría de los cuales creían que fue una medida necesaria y positiva. En segundo lugar, aquellos que habían pertenecido a Falange con anterioridad a la guerra civil y sobrevivieron al conflicto, pasaron luego a formar parte de las estructuras del régimen franquista sin tener, en ningún momento, que renunciar a sus convicciones falangistas. Al contrario, fue durante la época franquista cuando el partido alcanzó su mayor grado de extensión y actividad. Gracias, precisamente, a su involucramiento con el Estado franquista, entre 1936 y 1975 la Falange logró un grado de penetración social que no podía siquiera haber soñado antes de julio de 1936.

Sólo podría haberse logrado, sin embargo, a costa de aceptar la subordinación a la única fuente de poder real: la fuerza de las armas, encarnada en Franco. La supervivencia del partido dependía de su disposición a nadar con la corriente de un sistema en el que Franco, no la Falange, marcaba la pauta. La importancia de la unificación de 1937 radica en que supuso, no la difunción de la Falange, sino la garantía de su salvación. Como dijo Jesús Suevos, “si la Falange no colabora con la unificación, no hubiera tenido ninguna perspectiva de futuro”.

Se pone a prueba la alegada decepción de los falangistas con el régimen de Franco a la hora de preguntar si alguna vez intentaron deshacerse del hombre que, según dicen, les traicionó. Aunque existen algunos indicios imprecisos de complots falangistas (y otros) para matar al generalísimo, no sufrió —que sepamos— ningún atentado. Hasta 1945, esto fue porque, en palabras de Narciso Perales, los Falangistas temieron que “pudiera venir alguien peor en su lugar”. Hasta mediados de la década siguiente, fue, en opinión del antiguo Requeté e historiador militar, general Ramón Salas Larrazabal, porque “a pesar de sus desacuerdos, a fin de cuentas, todos pensaban que era mejor Franco a que volvieran los rojos”. Cuando el desarrollismo económico trajo la sociedad consumista y mejores condiciones de vida en los años 60, las comodidades materiales, dijo Diego Salas, trajeron “la modorra, la rutina” y, como consecuencia, “los cuadros... no tenían la tensión que tenían en 1939, recién terminada la guerra”. Finalmente,

ya en los años 70, el dictador mostraba señales inequívocas de su rápido declive físico. Los Falangistas, por entonces divididos en múltiples grupos, no tenían interés en apresurar la llegada de una época que, dada la creciente presión a favor de la democracia procedente de todos los demás sectores del espectro social, político y económico, bien podría dejar fuera de juego a anti-demócratas como ellos.

Sus temores, efectivamente, estaban justificados. Después de la muerte de Franco, en noviembre de 1975, se dismantelaron rápidamente las estructuras que habían sido la esfera de influencia de la Falange y todos los grupos falangistas obtuvieron pésimos resultados en las sucesivas elecciones celebradas en el período de transición de la dictadura a la democracia. Sin su patrocinador, la Falange volvió al olvido del que sólo una sublevación militar la había podido salvar cuarenta años antes. Un comentario hecho por Jesús Suevos resume lo que fue la relación —a la larga algo patética— entre la Falange y Franco:

Al final, éramos una docena de señores los que seguíamos defendiendo (al régimen de Franco), con capa y espada, por una cosa: porque sabíamos que, bueno o malo, algo se había hecho y, en definitiva, esa era nuestra única oportunidad. Después de haber visto cómo había terminado la Segunda Guerra Mundial, no teníamos más opción que la de Franco. Si Franco vivía, esa era nuestra opción; y si Franco moría, o desaparecía, o no triunfaba, no teníamos ninguna opción.